

TAN VALIOSA COMO EL ORO

Por **Bertha Crow**

REALMENTE ¿no quieres deshacer el negocio? -preguntó Samuel, admirando la brillante pintura de la bicicleta de Carlos-. Porque si tú te arrepientes, para mí está bien.

-Oh, no, no voy a volverme atrás -le aseguró Carlos-. Me voy a quedar con la tuya.

Carlos se subió a su nuevo tesoro para probarlo. Hacía mucho ruido porque no tenía gomas. Y aun cuando pedaleara con todas sus fuerzas y se agachara sobre el manubrio, no corría muy rápido. De repente se le ocurrió que, después de todo, ese negocio que había hecho, de cambiar bicicletas, no era un negocio tan brillante que digamos. Le había prometido a Samuel que no se volvería atrás, pero ganas tenía de hacerlo. Y lo que más lo preocupaba era lo que diría la mamá. Ni siquiera quería pensarlo. Llegó pedaleando en la nueva bicicleta hasta el porche y la apoyó en uno de los pilares. Entró en la casa, pero sin apuro. No sabía qué hacer.



-Déjame que yo haga esto -se ofreció, tomándole a su madre el repasador de las manos, dispuesto a secarle la loza.

-Gracias, Carlos -le dijo ella, complacida, pero también un poco sorprendida-. Ahora puedo comenzar a planchar.

Carlos pronto terminó de secar los platos. Pero ni aun entonces salió a jugar como solía hacerlo. Tomando una silla se sentó tan cerca de su madre, que estaba planchando, como pudo.

-¿Estás segura que no hay nada más que puedo hacer? -preguntó final mente, no pudiendo quedarse callado por más tiempo.

-Nada más, Carlos. Este planchado es lo único que tenía planeado hacer para esta tarde -respondió la madre. Miró con atención al niño, y se dio cuenta de que algo andaba mal. En lugar de su habitual alegre sonrisa, tenía una expresión de preocupación.

Entonces le preguntó:

-¿Quieres decirme algo?

Carlos estaba tan concentrado en sus pensamientos, que la voz de su madre lo asustó y le hizo dar un salto. Había llegado el momento de contárselo. ¿Qué iba a decir la mamá? ¿Lo regañaría? De repente se le iluminó el rostro. Tal vez le diría que podía deshacer el trato que había hecho con la bicicleta.

-Yo... -tartamudeó él sin poder encontrar las palabras adecuadas-. Mamá, hice cambio de bicicletas con Samuel.

¡Al fin! Ahora se sentía mejor.

- ¡Carlos! -No la habrás cambiado por ésa en que Samuel andaba! ¡Esa que no tenía gomas! -comentó asombrada la madre-. ¿Pero para qué quieres ésa? La tuya era una bicicleta en perfectas condiciones, y la de Samuel es un cascajo.

-Yo sé, mamá. Pero ésta tiene tres velocidades y la mía no. Yo puedo ponerle cubiertas, ¿no es cierto? -dijo Carlos esperanzado, mirando a su madre.

-Temo que no querido -le respondió la madre-. Probablemente las llantas ya están arruinadas. A lo

menos debieras haber pedido permiso. Pero, ya que no lo hiciste, espero que disfrutes andando en ella.

Carlos no le dijo a la madre que andar en esa bicicleta era casi imposible.

-¿Y no puedo deshacer el trato? -preguntó muy afligido.

-No sería correcto -respondió la madre-, y las esperanzas de Carlos decayeron. Le parecía como si él mismo se hubiera cambiado por una bicicleta. Se le hizo un nudo en la garganta.

-Deshacer el trato no sería justo para Samuel -continuó la madre-. Además, él no volvería a confiar en ti. Pensaría que no cumples con tus promesas -explicó la madre, y notó que una lágrima se deslizaba por las mejillas de su hijo-. Hace tiempo que Samuel andaba en ese cascajo. El merece una bicicleta mejor. A ti no te hará daño usarla por un tiempo.

Carlos salió lentamente. En la calle vio a Samuel que andaba muy feliz en la bicicleta que había sido suya. Carlos, a su vez, salió andando a duras penas con su bicicleta "nueva"

-Samuel debería ofrecermela de vuelta mi bicicleta. El sabía que la suya no era buena. De cualquier manera esa bicicleta todavía es mía. Yo debiera exigir que él me la devuelva -murmuró Carlos para sí. Pero luego recordó que él también sabía que la bicicleta de Samuel no era buena. Y así siguió luchando consigo mismo hasta que finalmente se dio cuenta de que nadie tenía la culpa de eso, sino él.

-Seguramente que no querrás deshacer el trato -le gritó Samuel. Eso era precisamente lo que Carlos quería, ¡oh, cuánto lo deseaba!, pero por nada del mundo se lo haría saber a Samuel. Al fin y al cabo lo había hecho feliz a su amigo.

-Un trato es un trato -le respondió Carlos tan alegremente como pudo.

-Muchacho, tu palabra es tan valiosa como el oro -le respondió Samuel, deteniéndose al lado de su amigo-. Yo pensé que seguramente te ibas a arrepentir.

Después de oír esas palabras, Carlos se sintió más aliviado, e hizo lo mejor que pudo con lo que tenía. A medida que pasaban los días se sentía bastante contento.

Varias semanas más tarde, tres semanas y cinco días, para ser exacto, la sorpresa de cumpleaños que recibió fue una bicicleta nuevita... de tres velocidades. ¡Carlos se sentía muy feliz! Se alegró de haber cumplido con su palabra. Si no lo hubiera hecho, no hubiera recibido esa bicicleta nuevita para su cumpleaños.

"La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos" (Elena G. de White, "La educación", pág. 54).